



Homenaje de la Junta de Cultura Española a Antonio Machado en México con motivo del primer aniversario de su muerte (1940)

MANUEL AZNAR SOLER

GEXEL-CEFID Universitat Autònoma de Barcelona

- **Resumen:** La Junta de Cultura Española, con motivo del primer aniversario de la muerte de Antonio Machado en su exilio francés, organizó en 1940 un homenaje a su memoria en México. Este homenaje consistió en un acto íntimo en el que intervinieron el 24 de febrero de 1940 tres escritores mexicanos (Carlos Pellicer, Alfonso Reyes y Xavier Villaurrutia) y tres escritores de nuestro exilio republicano español de 1939: José Bergamín, el doctor José Puche y Joaquín Xirau. Y el 16 de octubre de aquel mismo año 1940 la editorial Séneca publicó una edición de las Obras completas de Antonio Machado, primer volumen de la «Colección Laberinto», editado bajo la dirección de José Bergamín y al cuidado tipográfico del poeta Emilio Prados, edición que completaba este homenaje machadiano.

Palabras clave: Antonio Machado. Junta de Cultura Española. Editorial Séneca. Exilio republicano español de 1939 en México.

- **Abstract:** The Junta de Cultura Española commemorated in 1940 the first anniversary of the death of Antonio Machado while his exile in France. This homage took

place on February 24, 1940 in Mexico and was an intimate event in which three Mexican writers (Carlos Pellicer, Alfonso Reyes y Xavier Villaurrutia) and three 1939 Republican exile writers (José Bergamín, doctor José Puche and Joaquín Xirau) participated. On October 16 that same year, the publisher Séneca issued an edition of Antonio Machado's Obras completas, which completed this homage to the author. The volume was the first one of the «Colección Laberinto», directed by José Bergamín and poet Emilio Prados, who took care of the typography.

Keywords: Antonio Machado. Junta de Cultura Española. Séneca Publishing House. 1939 Republican Exile in Mexico.

Una nota sobre su muerte

Antonio Machado llegó a Collioure entre el 6 y el 8 de febrero de 1939. Después de una corta enfermedad falleció en el Hotel Quintana el 22 de febrero de 1939 y su entierro tuvo lugar el día 23. El entierro, que fue una imponente manifestación de duelo, fue presidido por el hermano del difunto Don José, el Cónsul de España en Port Vendres, Sr. Santaló, y el Cónsul de Perpignan, Sr. Sánchez Ventura. Por disposición del finado el entierro se hizo civilmente, envuelto su cuerpo con la bandera republicana. El féretro fue llevado a hombros de oficiales del Ejército de la República, quienes solicitaron para ellos este honor, rindiendo así al poeta Machado su último testimonio de admiración y agradecimiento.

El entierro fue sencillo y civil, interpretando los deseos del finado. El Embajador de España en París, y los Cónsules de España en Perpignan y Port-Vendres enviaron para el acto del entierro sendos ramos de flores con lazos de los colores

de la bandera republicana. También estos ramos fueron llevados por oficiales del Ejército de la República.

El cadáver de Machado descansa en el cementerio de Collioure, en el panteón de la familia Pi-Saintelene Joseph, cuyo mausoleo fue ofrecido gentilmente por la expresada familia.

Al final del entierro el Sr. Zugazagoitia pronunció la oración fúnebre, recordando la vida sencilla del muerto y la excelsa obra realizada al servicio del pueblo, de la libertad y de la República, haciendo asimismo la apología de su obra poética y literaria.

Al despedirse el duelo, el Alcalde de Collioure pronunció unas palabras para agradecer al pueblo y al inmenso gentío congregado para acompañar al Sr. Machado a su última morada, el haberse tan espontáneamente asociado al dolor de España, que compartían los franceses, por la irreparable pérdida que acababa de padecer.

En esta misma *Romance*, una de las más importantes revistas literarias publicadas en México por nuestro exilio republicano durante los años inmediatamente posteriores a 1939, se daba noticia escueta, en la página 15 de su número 3 (1 de marzo de 1940), de la celebración de un

Acto conmemorativo en honor de Antonio Machado

El día 23 de febrero en la CASA DE LA CULTURA española se celebró una reunión de escritores mexicanos y españoles con objeto de evocar la vida y la obra de don Antonio Machado. El acto, que deliberadamente se quiso tuviese un carácter

de intimidad, de espontánea charla y no de conferencia, resultó en extremo conmovedor. Los poetas mexicanos Xavier Villaurrutia y Carlos Pellicer leyeron algunas poesías de Machado. Joaquín Xirau, que acompañó a Machado en los días terribles del éxodo, y con él cruzó la frontera, contó sus recuerdos de aquellos días. Alfonso Reyes dijo de un modo sencillo y sentido, unas magníficas palabras, haciendo fijar la atención sobre un punto importante de la obra del gran poeta, y recordó también su amistad con Machado hace ya bastantes años. El doctor José Puche, que asistió a Machado en sus últimos días, nos contó también sus vivas impresiones, y por último, José Bergamín evocó la vida de Machado en su palacio romántico de Barcelona, su gallarda actitud y algunas palabras que le confió entonces.

Al acto asistieron numerosos intelectuales que quisieron rendir de este modo un sencillo homenaje al noble patriota español y gran poeta.

Pero, afortunadamente, la revista *España Peregrina* publicaba una extensa crónica anónima —«la versión taquigráfica de la sesión inolvidable»—, de este sobrio homenaje a Antonio Machado, que, a tono con el espíritu del propio poeta, se caracterizó «por su deliberada ausencia de todo artificio» y que tuvo lugar, «en selectísima intimidad», el sábado 24 de febrero de 1940. Este sencillo homenaje fue organizado por la Junta de Cultura Española «en los salones de su nueva casa», intervinieron en él José Bergamín, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Alfonso Reyes, Joaquín Xirau y el doctor José Puche y constituyó «el primero de los actos organizados por la Junta de Cultura Española» en México:



El primero de los actos organizados por la Junta de Cultura Española tuvo lugar en los salones de su nueva casa, el sábado 24 de febrero. Estuvo dedicado a la conmemoración del altísimo poeta Antonio Machado en el primer aniversario de su muerte, acaecida en el destierro, como se sabe, el 22 de febrero de 1939. Ocurrió la pérdida irreparable en Collioure, playita mediterránea situada a pocos kilómetros de la frontera española, en cuyo cementerio y a cargo de una comisión de la que forma parte un delegado de la Junta de Cultura Española, los restos del poeta aguardan junto a los de su madre, a que el pueblo español, arrojado infamemente del solar de sus mayores, pueda reintegrarse en cuerpo y alma, por entero, a los hogares que en legitimidad le pertenecen.

Se caracterizó el homenaje por su deliberada ausencia de todo artificio. Creyó la Junta de Cultura servir de modo más perfecto a la memoria del poeta suprimiendo en absoluto toda preparación. Limitóse a dar ocasión, por medio de una sencilla convocatoria, a que se manifestara improvisadamente, en selectísima intimidad, la emoción que embargaba a los reunidos frente al retrato, ornado de claveles rojos, del ilustre poeta.

El resultado, a juicio de la asistencia, fue notable. Conducido el cambio de recuerdos e impresiones por José Bergamín, inmediatamente adquirió la gran altura debida, de la que no decayó ni un solo instante. Mexicanos y españoles se sucedieron en el uso de la palabra, con igual felicísima inspiración. Los poetas Xavier Villaurrutia y Carlos Pellicer leyeron con emoción insuperable varios poemas por ellos elegidos. La palabra española brotó de este modo espontánea,

auténtica, maravillosamente, a través de sus naturales medios de expresión, de la comunión establecida entre los allí congregados con la verdad trascendente de nuestro pueblo.

En homenaje al ilustre desaparecido, *ESPAÑA PEREGRINA* se honra publicando a continuación, apenas retocada, la versión taquigráfica de la sesión inolvidable.

Mas no sin antes ofrecer a sus lectores el siguiente poema inédito, de Antonio Machado, escrito hace ya muchos años, un adiós a los campos de Soria, donde dejaba el cuerpo de su amada mujer muerta:

Adiós, campos de Soria
donde las rocas sueñan,
cerros del alto llano,
y montes de ceniza y de violeta.
Adiós, ya con vosotros
quedó la flor más dulce de la tierra.
Ya no puedo cantaros,
no os canta ya mi corazón, os reza...
(Anónimo, 1940: 64)

Recordemos que la Junta de Cultura Española se había creado en marzo de 1939 en París (Plaza Plaza 2011: 834-838), «sota els auspícis i la iniciativa de l'ambaixada de Mèxic a París» (Renau 1982: 98), y que a finales del mes de abril la propia embajada mexicana en París cursó a todos los miembros de la Junta una invitación para embarcar junto a sus familias a aquel país americano: «Les despeses d'aquesta primera expedició correrien íntegrament a càrrec del Govern mexicà» (Renau 1982: 99). Y así, junto a Manuela Ballester Vilaseca, Luisa Carnés Caballero, José Herrera Petere, Miguel Prieto Anguita, Josep Re-

nau Berenguer, Joaquín Rodríguez Rodríguez, Antonio Rodríguez Luna, Antonio Sacristán Colás y Eduardo Ugarte Pagés, entre otros, también algunos miembros de la Junta (José Bergamín Gutiérrez, Josep Carner Puig de Oriol, Pedro Carrasco Garrorena, Roberto Fernández Balbuena, Rodolfo Halffter Escriche, Paulino Masip Roca, Emilio Prados Such, Ricardo Vinós Santos) embarcaron el 6 de mayo de 1939 en el puerto francés de Saint Nazaire a bordo del *Veendam*, un trasatlántico holandés que atracó en Nueva York el 17 de mayo, donde se les unió Francisco Giner de los Ríos. Y luego prosiguieron viaje en autobús hasta México D. F., adonde llegaron la noche del 27 de mayo (Plaza Plaza 2011: 830-844). Uno de los miembros de esta Junta de Cultura Española, Paulino Masip, dedicaría en 1941 un artículo a la muerte del poeta en su exilio francés titulado «Don Antonio Machado»:

Don Antonio, poeta y hombre, andaluz, castellano y español —no hay más en él— murió en tierra extranjera, en tierra que es hoy, además, escarnecida. En ella yace, pero no descansa. A mí me duelen su soledad y su ausencia y pienso con angustia en la angustia de sus pobres huesos desamparados. El destino sarcástico que lo hizo profesor de francés en institutos provincianos le dio la muerte más dolorosa. Ni el hombre ni el poeta podían vivir fuera de España. Apenas traspuso la frontera, su alma se negó a seguirle y se volvió «al alto Espino donde está su tierra». (Masip, 1941: 14)

Por su parte, la revista *España Peregrina* se autodefinía en la página 36 de su número 1 (febrero de 1940) como una «publicación mensual de

la Junta de Cultura Española» que «pretende ser el órgano de expresión de cuantos estiman que la lucha por los altos principios que animaron a la República ha entrado en una fase no por discreta y laboriosa menos importante que la que con tanto heroísmo se libró en la península. Las cartas de aliento y adhesión, las iniciativas e indicaciones de toda especie, las colaboraciones de calidad, así como las suscripciones, serán recibidas con verdadero agradecimiento». Y en este mismo primer número se publicaba también en su página 42 una nota anónima sobre las «Actividades de la Junta de Cultura Española» y se anunciaba en la página 43 la próxima inauguración de su Casa de la Cultura, «local amplio que aspira a servir de centro de reunión habitual a los intelectuales españoles residentes en México y a todos sus amigos. En él se propone emprender durante el curso del año 40 una serie de actividades que abarquen diversos aspectos de la vida literaria, científica y artística», la primera de las cuales fue precisamente este homenaje a Antonio Machado. Por último, en la página 12 de este mismo número inicial y con el título de «Palabras de Antonio Machado», la revista reproducía «con veneración unas frases de la carta particular que Antonio Machado dirigió desde Barcelona el 19 de noviembre de 1938 a su amiga M[aría]. L. C[arnelli]., de Buenos Aires».

En este acto íntimo intervinieron, en efecto, tres escritores mexicanos (Carlos Pellicer, Alfonso Reyes y Xavier Villaurrutia) y tres escritores de nuestro exilio republicano español: José Bergamín, el doctor José Pucho Joaquín Xirau. Bergamín, uno de los tres presidentes de la Junta de Cul-



tura Española junto a Josep Carner y Juan Larrea, introdujo y ofició como maestro de ceremonias del homenaje, que inició con las siguientes palabras:

Nos reunimos aquí esta tarde para conmemorar el primer año de la muerte de don Antonio Machado. Pocos días antes de llegarme a París la noticia de que había muerto, tuve yo carta suya en que, contestando agradecido a aquellos amigos que en Francia le ofrecían sus propias casas en el campo —el profesor Cohen, Jean Richard Bloch, Jouvenel y tantos otros— me confiaba el poeta todavía sus proyectos, sus esperanzas. Viene ahora a mi recuerdo, al recordarle, aquel presentimiento melancólico que me hizo detener la pluma cuando escribía sobre él para *Hora de España*, evocando las últimas horas en que estuvimos juntos. Era en Barcelona al empezar el otoño sangriento de 1938. Visitaba yo al poeta en aquella amplia casa, mejor palacio, en que vivía, rodeado de un viejo jardín romántico. Por aquellos vericuetos frondosos discurríamos su hermano José y yo, hablando íntimamente de don Antonio; y comentábamos cómo su dramático destino le impedía gozar de todo aquello que había deseado siempre. En efecto, el poeta que vivió la mayor parte de su vida, desde que perdiera su infancia, en humildes cuartuchos pequeños, reducidos, vivía de la nostalgia de jardines inmensos, de estancias apartadas, de inacabables galerías; y ponía un dejo melancólico en nuestro discurrir presente el que fuese ahora, cuando el poeta sí podía andar por ellas, cuando las amplias estancias y galerías, las avenidas del jardín solitario, le llegasen, las tuviese tan cerca; como si su irónico destino le cercase con ellas por la muerte. No me atreví yo entonces a escribir eso tan enteramente como

ahora lo digo y como entonces lo pensaba sin querer pensarlo; por eso detuve mi pluma al escribirlo; y al suceder, después, meses después tan sólo, la muerte del poeta, recordaba, como ahora lo recuerdo, este triste presagio. La muerte fue cercando su vida poco a poco con lo que más hubiera deseado; y fue trayéndole, como recuerdo infantil, como juguete de niño, aquellos jardines, aquellas inmensas estancias y largas galerías, para llevarle, y lleváronle dulcemente por ellas, apartándole del vivir en que apuraba su nostalgia.

Daba el reloj las doce... y eran doce golpes de azada en tierra...

... ¡Mi hora! —grité—... El silencio me respondió: —No temas; tú no verás caer la última gota que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía sobre la orilla vieja, y encontrarás una mañana pura amarrada tu barca a otra ribera.

Murió Antonio Machado en el destierro; y exactamente como él lo presagiaba: en pleno mediodía. Había muerto asesinado Federico García Lorca al amanecer. Don Miguel de Unamuno preso en su casa, en aquel «angosto gabinetito» de su Salamanca, que sus amigos recordaremos siempre, murió al caer la tarde. No nos parece vaga y sin sentido esta relación en el tiempo de morir de nuestros tres poetas. Es significativa.

«Mataron a Federico, cuando la luz asomaba». Y era natural que así fuese en quien al dar su vida como testimonio de la verdad porque inocentemente moría, uniendo al del pueblo español su propio destino, moría con la esperanza:

«cuando la luz asomaba». Murió, en cambio, don Miguel de Unamuno, acercándose al atardecer, como si todo el sentido y razón de su agonía se perfilase de este modo, por el morir ante la noche oscura; entrando en ella por la muerte al clarear de la estrellada. La noche oscura y clara de San Juan y de Fray Luis en la que don Miguel hondamente vio y pensó y sintió el destino de España. Moría don Antonio Machado cuando «daba el reloj las doce y eran doce golpes de azada en tierra». «En la desnuda tierra». Muerte plenamente esclarecida, la suya, como plenamente esclareció con su palabra, el sentido total y humano de nuestro pueblo. Fue plenitud humana la de su poesía, la de su palabra firme, luminosa. Poesía que en su palabra tuvo siempre seguros contornos de pensamiento.

Aquella palabra honda, clara, de esta poesía popular y española de don Antonio Machado, es la que vamos a repetir aquí esta tarde en su memoria, con el fervor de su recuerdo; y vamos a avivar a este recuerdo, como brasa al soplo de su voz, todas nuestras mejores esperanzas, las que fueron las suyas. Duerme el poeta para siempre «sobre la orilla vieja» y hoy encontramos, «una mañana pura», que amanece «su barca atada a otra ribera»; a esta ribera nuestra. Don Antonio se fue, su barca vacía está aquí con nosotros. Su barca, atada a esta ribera, evoca, recoge sus palabras.

Escuchémoslas cuando como ahora:

En el ambiente de la tarde flota
ese aroma de ausencia
que dice el alma luminosa: nunca,
y al corazón: espera.
(Anónimo, 1940: 65)

Bergamín, que había sido presidente de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura durante los tres años de la guerra civil (Aznar Soler, 2010: 423-532), alude en estas palabras introductorias a un artículo suyo sobre Antonio Machado publicado en septiembre de 1938 en la revista *Hora de España* con el título de «Jardín en flor, y en sombra, y en silencio...» (Bergamín, 1938: 21-23). Pero también a la carta que Antonio Machado le envió el 9 de febrero de 1939 desde el Hotel Bougnol-Quintana de Collioure, donde se alojaba con su familia, y que merece recordarse porque es una de los pocos textos dictados por el poeta en su exilio francés, «dos cuartillas manuscritas con letra de José Machado y firma autógrafa de Antonio» (Albornoz, 1964), en donde se refleja con crudo realismo las «condiciones impeorables» de su «éxodo» y su extrema penuria económica:

Collioure - Hôtel Bougnol-Quintana (Pyr-Or)
9 de Febrero 1939

Sr. Dn. José Bergamín

Muy querido y admirado amigo:

Después de un éxodo lamentable, pasé la frontera con mi madre, mi hermano José y su esposa, en condiciones *impeorables* (ni un solo céntimo francés) y hoy me encuentro en *Collioure*, Hôtel Bougnol-Quintana y gracias a un pequeño auxilio oficial con recursos suficientes para acabar el mes corriente. Mi problema más inmediato es el de poder resistir en Francia hasta encontrar recursos para vivir en ella de mi trabajo literario o trasladarme a la U.R.S.S., donde encontraría amplia y favorable acogida.

Con toda el alma agradezco los generosos ofreci-



mientos de esa Asociación de Escritores, muy especialmente los de Mr. Jean Richard Bloch y el Prof. Cohen, pero temo no solamente quedarme muy aislado como Vd. indica, sino además no disponer de medios pecuniarios para mantenerme con mi familia en esas casas y para trasladarme a ellas. Así pues, el problema queda reducido a la necesidad de un apoyo pecuniario a partir del mes que viene, bien para continuar aquí en las condiciones actuales, bien para trasladarme a alguna localidad no lejana donde poder vivir en un pisito amueblado en las condiciones más modestas.

Vea Vd. cuál es mi situación de hecho y cuál puede ser el apoyo necesario. Con toda el alma le agradezco sus cariñosas palabras: nada tiene Vd. que agradecerme por las mías; son expresión muy sincera, aunque todavía insuficiente de mi admiración por su obra.

Si en estos días cambiásemos de residencia ya se lo haría saber telegráficamente.

Mientras tanto mi residencia es siempre la misma.

Le envía un fuerte abrazo su siempre suyo

Antonio Machado

P.D. Muy afectuosos saludos de mi familia. De Carlos Riba no tengo noticia alguna de que esté en este pueblo (Albornoz, 1964: 254).

Tras Bergamín, Xavier Villaurrutia se limitó a leer «los poemas de Antonio Machado, *Recuerdo infantil*, *Yo escucho los cantos* y *Coplas elegíacas*» (Anónimo, 1940: 65), mientras que el poeta Carlos Pellicer pronunció a continuación las siguientes palabras:

Hace dos años y medio vi por primera y única vez en Valencia a Antonio Machado. Se celebraba el Congreso de Escritores antifascistas. No lo volví a ver nunca más. Hace veinte años se me había en-

cargado mi primer trabajo literario, una selección para la publicación en México de los poemas de Antonio Machado. Aunque era muy muchacho, por primera vez aprendí a reflexionar sobre la poesía. En el curso de literatura, en el preparatorio, había oído leer un magnífico poema de Rubén Darío dedicado a Machado. Un soneto, *Caracol*, un canto de vida y esperanza. A esa edad, a no ser uno un Alfonso Reyes, [uno] dice muchas tonterías. De las notas que yo puse al frente de la selección, no me atrevo a recordar sino cinco renglones de una donde se afirma que tanto Machado como Rubén Darío tenían una sensible preocupación de la muerte. Al cantor de los cisnes le horrorizaba no saber adónde vamos ni de dónde venimos. Y citaba yo el mismo poema a que se ha referido José Bergamín.

Daba el reloj las doce... y eran doce golpes de azada en tierra...

También el cubano Juan Marinello, como Carlos Pellicer, conoció personalmente a Antonio Machado en aquel Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura que se inauguró en el Ayuntamiento de Valencia el 4 de julio de 1937 (Aznar Soler 2009). Marinello evocó en su artículo «Primer año de Antonio Machado», su visita al poeta en Rocafort durante aquellos días valencianos y recordaba que «la conversación con el poeta fue toda vuelta hacia América». Y ello porque «el grupo que le visitaba obligaba al tema: León Felipe, castellano de México; Berta Gamboa, su mujer, mexicana radical; Jorge García Granados, escritor y político de Guatemala, y Gregorio Berman, hombre de ciencia argentino que ennoblecía su cuerpo, y su vida con las ropas de Comandante

del Ejército Popular. Nicolás Guillén, enfermo, no estaba con nosotros aquella tarde» (Marinello, 1940: 2). Y elogiaba en Machado «su fiera autenticidad»: «Por eso su viaje raíz de comunero se yergue implacable contra la invasión fascista y el escritor de elegancias crepusculares deviene soldado de la letra». (Marinello, 1940: 2). Finalmente, añadía:

No se hace literatura al decir que los últimos días de Antonio Machado y su muerte misma son su mejor fidelidad popular. (...) Cuando España no tuvo más sangre que dar, Antonio Machado pasó con España la frontera. Antes de tropezar con la Francia hipócrita de Daladier, el poeta descansó su angustia en el pueblo catalán de Figueras, junto a un grupo de fieles. (Marinello, 1940: 2)

Pero volvamos al homenaje mexicano a Antonio Machado, porque según el texto anónimo de *España Perregrina*, tras sus palabras, el poeta «Carlos Pellicer lee a continuación los poemas *Retrato y Tarde de Primavera*» (Anónimo, 1940: 65-66).

Por su parte, Alfonso Reyes, a quien Josep Carner dedicó su artículo «Alfonso Reyes y España» en las páginas 37-38 de este primer número de la revista, intervino tras Pellicer y evocó su conocimiento en Madrid del poeta durante sus años españoles:

No puedo negarme a la invitación tan amable de mi amigo José Bergamín, pero conste que yo no venía dispuesto a hablar sino a escuchar. En efecto, mi propósito era el de recoger, en las conversaciones que aquí han de desarrollarse, la visión del último Antonio Machado, el que yo ya no conocí.

Mis últimos encuentros con don Antonio datan de muchos años, de muchos lustros; de allá cuando él aparecía de tiempo en tiempo en Madrid, porque estaba metido en su Soria fría, donde, además del calor de su poesía, le acompañaban aquellas sus constantes inquietudes de meditador y estudiante de filosofía, aspecto sobre el cual la crítica no siempre ha insistido y de que queda testimonio en sus versos. No me refiero sólo a la atmósfera filosófica de su pensamiento, sino a sus aficiones estudiosas, a sus lecturas de libros de filosofía (recuérdese, en uno de sus poemas, la mención de *Los datos inmediatos de la conciencia*, de Bergson).

No es esta la ocasión de hacer una revisión de aquella poesía que parece agua para la sed del alma, agua bebida en el manantial y echado de brucos sobre el suelo.

Todos aquí conocen ya la calidad de esta obra poética, donde lo que más sorprende es que Machado haya podido alcanzar, con recursos tan elementales y sencillos, tan exquisitos efectos artísticos. Y esto es más notable en una época como la que vio nacer aquella poesía, época en la cual se abusaba un poco de lo que, tomándolo a mala parte, se ha llamado *literatura*. Esta virtud estética de Machado no es más que una prolongación de su forma ética. En Machado la probidad era virtud de la conducta y también del pensamiento. Sólo escribió cuando tenía algo que decir. Su bondad fue tan grande que le llevó a las alturas de la heroicidad (siempre probó) sin usar de las actitudes histriónicas de la heroicidad. Pero, repito, todo esto lo saben ustedes y no es necesario extenderse sobre ello.

Para traer alguna aportación, por modesta que sea, a estas conversaciones, quiero sólo referirme aquí a esa nostalgia de grandes patios y jardines



que José Bergamín acaba de señalarnos como una visión de fondo constante en el espíritu de Machado. Según él nos dijo, Machado logró realmente vivir en ese ambiente durante sus últimos días de Cataluña. Pero yo quiero señalar el hecho de que aquella nostalgia era, en efecto, una nostalgia verdadera, es decir: un recuerdo. Es, en suma, el recuerdo de su infancia pasada entre los patios y jardines de aquella casa sevillana llamada la casa de Pilatos, donde el parque se escalona en terrazas a distintos niveles a la manera de Italia; dulce ambiente de naturaleza que el gran español sólo encontró otra vez en los días que precedieron a su muerte. (Anónimo, 1940: 66)

Estas palabras de Alfonso Reyes provocaron una nueva intervención de Bergamín, quien según la transcripción de la revista, habló de «la yuxtaposición de lo estoico con lo cristiano» en el poeta y sostuvo que su vida «fue un ejemplo de este doble sentir y pensar tan español, tan popular español, que es lo estoico-cristiano»:

Es exacto lo que acaba de decirnos ahora Alfonso Reyes. Vivía en el poeta esa nostalgia de jardines y galerías, como las del alma, por un claro recuerdo de niñez: el de Sevilla. Y también es exacto que fue en él determinante de su vida y de su poesía el afán humano de la verdad. Y esto es filosofía y ética. Pues todos le vimos igualmente «*hundir sus manos puras en el agua serena*» para «*alcanzar los frutos encantados*» de ese saber que él vio «*en el fondo de la fuente*», soñando. Fue siempre la poesía la que dio expresión verdadera a su pensamiento; pero fue también siempre este pensamiento, hondo, vivo, español, el que dio raíces vivas, filosóficas y morales a su poesía. Así dialogaba consigo mismo como

dialogaba con don Miguel de Unamuno que le dijo, al separarse de él por última vez en 1936, tan sólo estas palabras: «*Estoy ciego, estoy ciego*». Cuando el propio don Antonio me contaba este último diálogo entre él y don Miguel, veía yo trascender de su recuerdo aquel dialogar con las sombras vagas que siempre convivieron, para el poeta, con esta otra sombra quijotesca de Unamuno. Sombras que están ahora también esta tarde con nosotros, sombras magistrales de Abel Martín y Juan de Mairena. Este dramático dialogar entre sombras ponía en don Antonio y en don Miguel aquel acento claro y hondo de un pensar y sentir español que es también un diálogo y del que se ha dicho que expresa el dramático dialogar íntimo de todo lo español como la yuxtaposición de lo estoico con lo cristiano. Ésta es la línea viva del estilo esencial de España en la palabra de su pueblo por sus filósofos y poetas. Así, en don Miguel de Unamuno y don Antonio Machado, dialogaba sombríamente este dramático modo español de ser humano y, por lo popular, divino.

Como ahora lo estamos recordando en su imagen aquí retratada, vemos que esta imagen que la fotografía nos ofrece, demasiado sombríamente dura, tiene un perfil estoico, senequista; pero si esta misma figura pudiera volverse hacia nosotros y mostrarnos su rostro enteramente, veríamos en él aquel otro aspecto cristiano, evangélico, que encendía de amor y de bondad, su imagen viva.

No insisto más en esto. La vida del poeta fue un ejemplo de este doble sentir y pensar tan español, tan popular español, que es lo estoico-cristiano. Entre Unamuno y él había una cruz trazada como un símbolo. En esta cruz no amaba mucho don Antonio ver clavado a su Cristo vivo: en esta cruz lo contemplaba en cambio don Miguel, agonizante,

como el Justo, como el claro reflejo lunar de la justicia eterna. Pero no fue para ninguno de los dos, esta cruz, la cruz de la espada de Pedro, la cruz de Roma. Cristianos y estoicos, uno y otro, dialogaron dramáticamente toda su vida entre sí y consigo mismos, expresándose por la palabra española, en su raíz y en su forma, como espejo de este pueblo español que inmortalizaron por su palabra misma, cuando él, con su sangre, los ha inmortalizado a ellos.

Ved: aquí ha quedado un libro abandonado sobre un sillón vacío; son las poesías de don Antonio que vamos a seguir leyendo. Mas por ese hueco se acercan a nosotros con la sombra querida, las otras dos sombras filosóficas de Juan de Mairena y de Abel Martín. Las tres forman ahora, para nosotros, viva, como una sola sombra. Sombra magistral, amistosa y clara. Esta tarde que «*nosotros exprimimos la penumbra de un sueño en nuestro vaso*», brindémosle con el vaso del poeta «*de pura sombra —¡oh pura sombra!— lleno*».

Algún día serán estos que expuse aquí temas de conversación en esta casa. Entretanto, ya que he de recoger la alusión que Alfonso Reyes acaba de hacernos, tan certeramente, sobre la resonancia filosófica y moral del maestro, dejemos la palabra a un filósofo que acompañó a don Antonio Machado en su última salida dolorosa de España. (Anónimo, 1940: 66-67).

Ese «filósofo» era el catalán Joaquín Xirau, decano entonces de la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona, quien efectivamente había visitado en numerosas ocasiones al poeta durante su estancia en la capital catalana (Aznar Soler, 2010: 855-883) y que le había acompañado en su trayecto hasta la frontera francesa. Xi-

rau, años después escribiría un extenso relato de su experiencia (Xirau, 1983: 58-64; Aznar Soler, 2015b: 214-267). Lamentablemente, en la transcripción de sus palabras, que tienen el valor de estar dictadas por una memoria aún «caliente», se alternan la primera y la tercera persona, y en ellas elogia, entre los apagones de luz y los bombardeos de la aviación italiana, la dignidad íntegra y el patriotismo auténtico del poeta:

Dice que, efectivamente, tuvo el raro privilegio de ser de los últimos españoles que estuvieron en trato personal con Machado. Había sido desde su adolescencia una de sus grandes admiraciones, lo había conocido en Segovia y en Madrid. Pero en Barcelona tuvo ocasión por azares de su destino trágico, de vivir durante seis meses con él, y luego le cupo el honor de acompañarle hasta la frontera. No hablará por tanto de su filosofía, ni poesía, ni de la íntima conjunción en que ambas estuvieron en la mente, en la voz y en los escritos de don Antonio. Se limitará a contar unos cuantos hechos cotidianos, íntimos y familiares, de su última estancia en Barcelona. Vivía, en efecto, en una vieja casa romántica siglo XIX, al pie de la montaña y cara al mar, rodeada de jardines muy frondosos, viejos y abandonados, llenos los caminos de hoja seca, con su madre, una vieja andaluza, bellísima, su hermano y su cuñada. Su hermano José era para él un cirineo y casi un doble.

Las tardes de los sábados y domingos, en compañía de algunas personas más, solían reunirse en un salón muy siglo XIX, lleno de cornucopias y de dorados, en el cual tocaban y cantaban, también don Antonio, sobre todo canciones populares españolas, andaluzas, castellanas, gallegas, bailes y



danzas catalanas y se mezclaba la música con lecturas no sólo de clásicos, sino sobre todo de poesías y coplas populares. Veía don Antonio en esas coplas una gran profundidad de pensamiento y tenía la idea de que probablemente en ellas estaba el germen de una filosofía española. Sus versos están llenos de coplas, muy revestidas de dignidad poética y de simbolismo francés, pero por dentro hay el esqueleto de la copla: la sentencia. Machado estaba físicamente decaído, pero tenía la cabeza firme y el espíritu sano, lleno de bondad. Difícilmente se hablaba de cualquier persona sin que respondiera enseguida: buena persona. Un hombre que dice de los demás buena persona es que es él «buena persona».

Estas pequeñas tertulias eran constantemente interrumpidas por apagones de luz y bombardeos de la aviación italiana. Rehecha la luz, volvían la copla y la conversación. En aquel ambiente romántico lleno de verdadera, íntima poesía, no desaparecía nunca la serenidad.

La actitud de don Antonio era digna, señorial, perfecta, pero en nada, en nada, ligeramente optimista ni histriónicamente heroica. Aguantaba en aquel rincón de España por dignidad humana, pero sobre todo —y lo repetía constantemente— por patriotismo. Su patriotismo era silencioso, pero auténtico y verdadero. Voy a contar una anécdota que revela esta actitud suya digna, serena, al mismo tiempo heroica y pesimista: venían constantemente del frente de batalla espléndidos jóvenes que le traían presentes —corderos, panes, tabaco— de la intendencia militar... Una vez, en los días optimistas en que las tropas republicanas atravesaron el Ebro, llegaron algunos de aquellos jóvenes, gallardos, sonrientes. Le traían un cordero. En el comedor romántico, más amplio que

esta sala, don Antonio les preguntó: «¿Qué tal, muchachos, cómo va eso?» «Muy bien, don Antonio, esto va muy bien». «Sí, claro, esto va bien», contestó. Y volviéndose a mí añadió: «como el irlandés del cuento». Y me contó el cuento del irlandés. Con conciencia plena de la tragedia, don Antonio seguía allí sereno y resignado. En cierto sentido, en efecto, las cosas iban *muy bien*. En medio de la hecatombe moral del mundo, en aquel rincón de España se mantenía íntegra la dignidad.

No había tabaco, no había té. A los ingleses que venían enviados por los amigos cuáqueros les ofrecíamos tila. No quiero insistir en detalles, sino pasar más bien al final de la epopeya silenciosa de Machado. Un día, un domingo, el último domingo que estuvimos allí, seguía la misma imperturbable tertulia. Ese día los bombardeos apenas nos dejaban cantar. Estaban casi permanentemente treinta aviones rociando bombas. La música seguía.

Al día siguiente recuerdo que al bajar hacia Barcelona, por la calle Muntaner hubo una alarma de bombardeo y nos metimos en el refugio del Ministerio de la Guerra. Nos dimos cuenta que el Ministerio empaquetaba y preparaba la evacuación. Entonces fui a la Facultad, donde ese día, lunes, se dieron con normalidad todas las clases. Lo digo en honor de aquellos muchachos y muchachas que hasta el último momento siguieron sonrientes, comentando a San Agustín o haciendo etimologías.

El señor Xirau cuenta las diversas gestiones que hizo hasta conseguir que don Antonio Machado y su familia se salvaran con un grupo de intelectuales de la Facultad de Letras de Barcelona y destaca el papel primordial que tuvo Puche en aquella salvación. Relata después la llegada a Gerona, la instalación en una hermosa casa perdida en medio

del campo, donde pasaron varios días ignorantes de cuanto pasaba (sólo por rumores conocieron la caída de Barcelona). Eran unos días magníficos. Con la paz del campo parecía imposible que hubiera guerra. Allí se reanudaron las tertulias y se hicieron incluso proyectos para la reorganización de la labor intelectual. Don Antonio pasaba las horas al pie de la ventana contemplando el campo de Cataluña. Deseaba vivamente verlo para cantarlo. No le había sido posible visitarlo antes por la carencia de vehículos. Esa contemplación del campo era su mayor placer, lo miraba, lo acariciaba con la mirada. Al cabo de unos días salimos de aquel rincón solitario. Descansamos de noche en la vieja casa solariega del mas Faixat. Cerca de la frontera los chóferes de las ambulancias que nos conducían nos dejaron en medio de la carretera, sin maletas ni dinero, al entrar la noche, en un alto acantilado cerca del mar en medio de la muchedumbre que se apretujaba. El frío era intenso. Llovía abundantemente. Cuarenta personas. Mujeres. Niños. La madre de don Antonio, de ochenta y ocho años, con el pelo calado de agua, era una belleza trágica. Entramos en Francia sin dinero ni documento alguno. Nos dieron pan blanco y queso. Al cabo de unos días, estando en París, el señor Xirau supo con dolor inmenso la muerte de don Antonio y la de su madre. (Anónimo, 1940: 67-68)

Bergamín, maestro de ceremonias de este homenaje, glosó brevemente estas palabras de Xirau antes de invitar a intervenir al doctor Puche, quien durante la guerra había sido Rector de la Universidad de Valencia:

El doctor Xirau nos ha hablado de la amistosa ayuda médica y personal que prestara a don Antonio

Machado durante la guerra y en sus últimos meses y días, nuestro amigo el doctor Puche. Voy a leeros unas palabras del poeta que me sirven de invitación al doctor Puche para que él mismo os pueda contar su recuerdo.

«Soy viejo y enfermo —escribía Machado—; viejo, porque paso de los sesenta, que son muchos años para un español; enfermo, porque las vísceras más importantes de mi organismo se han puesto de acuerdo para no cumplir exactamente su función. Pienso, sin embargo, que hay algo en mí todavía poco solidario de mi ruina fisiológica, y que parece implicar salud y juventud de espíritu»...

Y añadía estar, por ello: «al lado de la España joven y sana, de todo corazón al lado del pueblo, de todo corazón también enfrente de esas fuerzas negras —¡y tan negras!—... Porque: “En España lo mejor es el pueblo. Por eso la abnegada y heroica defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos —nuestros barinas— invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva. En España no hay modo de ser persona bien nacida sin amar al pueblo. La democracia es entre nosotros un deber elementalísimo de gratitud”».

Por haber estado al lado del pueblo cumpliendo su deber, estuvo el doctor Puche al lado de don Antonio Machado todo el tiempo de nuestra lucha. Él mismo va a contarnos cómo». (Anónimo, 1940: 68)

Y, a continuación, el doctor José Puche, médico personal de Antonio Machado durante sus años de guerra en Valencia y Barcelona, pronunció el siguiente discurso, en el que reiteró «la dignidad extraordinaria» del poeta:



Después de las palabras que acabo de escuchar resulta anacrónico hablaros de los achaques de un viejo amigo... Mas no temáis que os cuente la historia clínica de don Antonio.

Yo no le conocí hasta que el olvido de su deber a que se abandonaron algunas personalidades médicas, me ascendieron a la categoría de notabilidad suplente. Esto me llevó a asistir a don Antonio Machado. Sentía yo por él la gran admiración que todos los españoles tenían. A esa admiración se debe quizá que me lo imaginara como un hombre poderoso, fuerte. Mas pronto me di cuenta de que tenía ante mí una máquina gastada... Fui prestando a don Antonio una asistencia más de amigo que de médico, teniendo él la comprensión de un paciente inteligente y yo ciertas tolerancias para el enfermo, llegando incluso a un acuerdo para que pudiese transgredir a veces mis disposiciones.

Tanto en su estancia en Valencia como en Barcelona pude apreciar cómo la dignidad extraordinaria de que en todo momento daba pruebas le impedía pedir a sus amigos nada. Se prestaba a sufrir todas las privaciones por atender en primer término a una sobrinita que con él vivían, después a su madre y a su hermano, reservando para sí el último lugar. Cualquiera dádiva que recibía de sus amigos era para ellos. La dignidad le acompañó en todos sus actos. Muchas veces le serví yo de elemento de enlace con los jóvenes que deseaban obtener de don Antonio unas cuartillas, una dedicatoria, una consigna de aliento para el frente... Se trabó entre nosotros una amistad enternecedora y me fue dado pasar grandes ratos en su casa y apreciar su bondad sin límites.

Recuerda después el doctor Puche a la madre de don Antonio, que cuida a éste como a un niño de pocos años, con preferencia a sus otros hijos, probablemente porque era el *hijo enfermo*.

Finalmente, el doctor Puche refiere las tres últimas visitas médicas que hizo en Barcelona, ya en los momentos angustiosos, en vísperas de su caída. Eran visitas médicas a tres personalidades ilustres y representativas de la República. A la primera de estas personalidades a quien visitó la encontró desasosegada, impaciente, dando visibles muestras de querer salir pronto de la ciudad amenazada y aun de España. A la segunda de estas personalidades, la de más poderosa salud y resistencia física, la encontró como derribada de su habitual firmeza y confianza, aunque sobreponiéndose noblemente a su momentánea depresión. Don Antonio Machado era la tercera de estas personalidades. Y en él creí ver, por su calma, por su serenidad en aquellas horas dramáticas, dice el doctor Puche, la más auténtica expresión del alma española. (Anónimo, 1940: 68-69).

A continuación esta crónica anónima informa que intervino de nuevo el poeta mexicano Carlos Pellicer, quien «lee los poemas de Antonio Machado, *El viajero, Yo voy soñando caminos, Cante hondo, A un olmo seco, Yo amo a Jesús*» (Anónimo, 1940: 69). Y, finalmente, es Bergamín quien clausura este homenaje íntimo a Antonio Machado, el primero organizado por la Junta de Cultura Española en «esta casa», la Casa de la Cultura Española, con las palabras siguientes:

Creo que debemos señalar como significativo para nosotros que la primera conversación tenida en esta casa se haya verificado a la sombra gloriosa de Antonio Machado. Esta reunión será, por ello, la mejor introducción a la vida intelectual que queremos hacer en esta casa, españoles y mexicanos juntos. Todos los que aquí estamos reunidos hoy en nombre del poeta, hemos sentido esta emoción fraterna. Yo os invito a

los que aquí estáis, a continuar en esta conversación permanente que es para nosotros esta casa. Conversación en que todas las ideas puedan verificarse en el diálogo a esta sombra excelsa del poeta que hoy evocamos por su muerte. Pero como esta evocación, como la del retrato fotográfico, parece demasiado ensombrecida por la atención que le prestamos esta tarde a sus últimos días, a sus últimas horas dolorosas, quiero que recordemos este acto recordando otros versos suyos, que subrayan el verdadero y vivo sentido de estos poemas que acaba de leernos Pellicer, con la afirmación, siempre española, de la esperanza:

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
—así en la costa un barco— sin que el partir te inquiete.

Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
porque la vida es corta y el arte es un juguete.
Y si la vida es corta
y no llega la mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo, y, además, no importa.

Esta afirmación, siempre española, de la esperanza; este verso final que nos dice que el arte que vivió, que amó el poeta, no importa, o importa lo que puede importarnos un juguete, debe acudir ahora como llamada a nuestro corazón, a nuestro pensamiento. Y afirmar por esta palabra española de la esperanza ese otro algo que sí importa —esa sola cosa que importa— y que todos llevamos grabada en nuestro corazón y en nuestro pensamiento. (Anónimo, 1940: 69)

Al final de esta extensa información sobre el homenaje mexicano a Antonio Machado, una nota anónima de *España Peregrina* venía a recordar a sus lectores que muchos exiliados republicanos

españoles permanecían aún en los campos de concentración franceses. Y, por ello, como bien decía el texto publicado en la página 69 de este segundo número, no se trataba de «dedicarles un recuerdo conmovido», sino de asumir «una inexcusable obligación moral», la de «facilitar el viaje y acomodo» de los más. El texto íntegro dice así:

En memoria de Antonio Machado, víctima del destierro, no olvidemos que en los campos de concentración de Francia o bien diseminados en sus albergues y ciudades cuando no incorporados a las penosísimas compañías de trabajo, sufren indeciblemente, desde hace ya más de un año, numerosos compañeros y amigos nuestros cuyo mayor deseo sería incorporarse a nuestras actividades honradas. Mas no nos contentemos con dedicarles un recuerdo conmovido. Que todos, y en particular los ya colocados, hagan lo posible y lo imposible por facilitar el viaje y acomodo de alguno de los que lucharon en nuestras filas con tanto desinterés como denuedo. Es ésta una inexcusable obligación moral que sobre todos pesa. Que nuestros amigos americanos nos ayuden, por su parte, en este empeño justo, provechoso y verdaderamente humanitario.

II

Pero si el mejor homenaje a un escritor consiste en leerlo -y, en el caso de nuestro exilio republicano de 1939, en poder leerlo-, la Junta de Cultura Española acertó a publicar en su editorial Séneca una edición de las obras machadianas como complemento de este homenaje íntimo organizado por la Junta de Cultura Española, que tuvo lugar el 24 de febrero de 1940 y que



acabamos de comentar. Así, el 16 de octubre de aquel mismo año apareció en la colección Laberinto de Editorial Séneca (Varsovia, 35-A; México D. F.) una edición de las *Obras completas* de Antonio Machado que posibilitaba su lectura a toda persona interesada, edición precedida por la siguiente nota:

Este volumen, el primero de la «Colección Laberinto» publicado por la Editorial Séneca bajo la dirección de José Bergamín y al cuidado tipográfico del poeta Emilio Prados, se terminó de imprimir el día dieciséis de octubre de mil novecientos cuarenta, en los Talleres Tipográficos «Cultura», de la C. de México.

Única edición autorizada para los países de lengua española.

Printed and made in México.

Impreso y hecho en México.

Queda hecho el depósito que marca la ley. Copyright by Editorial Séneca.

La colección «Laberinto», según el anuncio publicado en la página 8 del número 1 (15 de febrero de 1940) de la revista *Romance*, «se compone de pequeños volúmenes de 600 a 1.000 páginas cada uno, impresos en papel biblia y cuidadosamente encuadernados en piel», y anunciaba estas *Obras completas* de Antonio Machado como primer volumen de dicha colección, con un prólogo de «José Carner». Sin embargo, el prólogo de esta edición fue escrito finalmente por José Bergamín y estaba fechado en «México, 1940», mientras que este volumen reunía en sus 929 páginas tanto sus libros poéticos (*Soledades (1899-1907)*; *Del camino*; *Canciones*; *Humorismos*,

fantasías, apuntes; *Galerías*; *Varia*; *Campos de Castilla (1907-1917)*; *Elogios* y, por último, *Nuevas canciones (1917-1930)*) como las prosas de Juan de Mairena (*Habla Mairena a sus alumnos*, *Sigue hablando Mairena a sus alumnos*, *Algunas ideas de Juan De Mairena sobre la guerra y la paz*, *Miscelánea apócrifa*, *Notas y recuerdos de Juan de Mairena y Mairena póstumo*), así como una sección final de «Obras sueltas» de poesía, prosa y epistolario, compuesta por «Sonetos», «Meditación», «El crimen fue en Granada», «Al escultor Emiliano Barral», «El poeta y el pueblo», «Meditación del día», «Publicado en Madrid», «Discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas», «Sobre la Rusia actual», «Carta a David Vigodsky», «Carta a María L. Carnelli» y, por último, «Variantes».

El extenso prólogo de Bergamín está dividido en cuatro fragmentos y en alguno de ellos repite literalmente algunas de las palabras dichas en el homenaje del 24 de febrero de aquel año 1940. Así, en el primero, recuerda una intervención pública de Antonio Machado el 11 de diciembre de 1936 que tuvo por escenario la plaza de Emilio Castelar —actual plaza del Ayuntamiento— de Valencia, entonces capital de la República (Aznar Soler 2007). En efecto, con motivo de la inauguración de la tribuna de propaganda del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en dicha plaza, intervinieron en dicha tribuna, además del propio ministro —el comunista Jesús Hernández—, León Felipe y «el insigne poeta, gloria de las letras españolas, Antonio Machado, saludado con una enorme ovación por la multitud», quien «leyó un “Homenaje” al gran poeta García Lorca, asesinado por los fascistas

en Granada» según la crónica anónima que puede leerse en la página 2 del número correspondiente al 12 de diciembre de 1936 del diario valenciano *Verdad* (Aznar Soler, 1986: 182). Y este hecho le permite a Bergamín referirse a la vinculación entre el poeta y el pueblo:

Yo he visto subir al poeta, un claro mediodía, a un tingladillo levantado en medio de la plaza más grande de Valencia. Le rodeaba una inmensa muchedumbre. Parecía que subía al cadalso. Mas no ahogaba su voz; por el contrario, habló desde allá arriba con tal fuerza que aquel deje tímido y altivo de su palabra la iba desnudando o, mejor digo, vistiéndola de sangre, por un pensamiento que expresaba los sentimientos en conmoción de todos los pueblos de España.

Canta el poeta la muerte de Federico García Lorca. Y quienes escuchábamos aquella voz, tímida y altiva voz que tantas veces escuchamos al cobijo de su intimidad solitaria, la veíamos por vez primera, dibujando en los aires su contorno con precisión exacta, con veracidad justa. No hablaba el poeta para nosotros, hablaba por nosotros. Hablaba desentrañando sangrientamente de su propia voz enfurecida algo más hondo que su vida personal invisible, la vida visible, por su palabra, de un pueblo entero. Y asistíamos al prodigio de ver encarnarse en el lenguaje humano por un solo hombre, con una sola voz, la plenitud de tantas voces vivas humanamente armonizadoras de aquel silencio. Sin equívoco, con una sola y única, total y perfecta palabra verdadera. Pues como un solo hombre la multitud se revelaba en esa voz entera del poeta que al decirse, al hablar, lo hacía como un solo pueblo y como un hombre solo.

Cumplía y se cumplía en el poeta, por la voz, la palabra. Cumpliendo su palabra. Pues la daba. Que la

palabra no se cumple sino cuando se ha dado. Como la sangre. La palabra, como la sangre, se cumple cuando se da y no cuando se quita. Se cumple porque se da y no porque se quita.

Fue éste el misterio del poeta abierto a todos luminosamente por la voz, por la palabra efusiva. Y de aquel tabladillo quedó el signo sangriento de quien atestiguó con su presencia de poeta el suplicio entero de España. Una voz popular; una conciencia clara. Que una vez más la mágica virtud de las revoluciones adquiría por la voz, por la palabra humana, el pleno sentido de su ser, apareciéndose entera y verdadera, desnuda y sangrienta. Para que, de este modo absoluto de la verdad, se transformase, ante nuestros ojos atónitos, el trágico destino humano en conciencia de serlo; en entendimiento poético, creador; en palabra nacida de la oscura pasión engendradora, por la sangre, de la claridad del pensamiento: en afirmación popular española de la esperanza. (Bergamín, 1940: 11-12)

En el fragmento segundo de su prólogo Bergamín reproducía literalmente sus palabras introductorias al homenaje del 24 de febrero de 1940, aunque añadía ahora unas líneas finales referidas al entierro del poeta en Collioure:

Duerme el poeta para siempre sobre la orilla vieja. En una playita de Francia. De aquella dulce Francia, hoy tan amarga, que le diera amarguísima acogida a su amargura última. Con sangre le escribió a nuestro poeta el destierro español la entrada en sus arenas; *como a triste extranjero. Duerme sobre la orilla vieja, mientras, lejos, una mañana pura, amanece su barca atada a otra ribera. A esta ribera nuestra. Duerme, ¿sueña el poeta? ¡Le vimos inclinarse hacia el morir tantas veces con ansia*



verdadera! Tantas veces le vimos hundir sus manos puras en el agua serena para alcanzar los frutos encantados de ese saber que él vio en el fondo de la fuente soñando!

Duerme, sueña, espera dulcemente sosegado, en la desnuda tierra, sobre la amarga tierra:

Sobre la tierra amarga
caminos tiene el sueño
laberínticos, sendas tortuosas;
parques en flor, y en sombra, y en silencio.
Criptas hondas, escalas sobre estrellas.
Retablo de esperanzas y recuerdos.
(Bergamín, 1940: 15-16)

Como hemos visto, Bergamín había publicado en septiembre de 1938 un artículo sobre Antonio Machado en la revista *Hora de España* y ahora, en el tercer capítulo de este prólogo, volvía a evocar una visita al poeta en Barcelona «al comenzar el otoño sangriento de 1938» (Bergamín, 1940: 16) y lo hacía de manera sustancialmente idéntica a las palabras que había pronunciado aquel 24 de febrero de 1940 en su introducción al homenaje. Finalmente, en el cuarto y último fragmento de su prólogo valoraba a Antonio Machado como una de las cumbres poéticas españolas y explicaba las características, virtudes y obvias limitaciones de esta edición de Séneca:

El nombre de Antonio Machado en la poesía española forma ya con aquellos de más alto y hondo significado uno de sus valores más puros. Con los de Juan Ruiz y Jorge Manrique; con los de Gil Vicente, Garcilaso, Góngora, Lope, San Juan y Fray Luis. Con el de Bécquer. La poesía española encuentra en su palabra lírica nuevo y lejano acento. Es una de sus cumbres. El sentir y pensar español popular suyo nos ha deja-

do con su obra poética, para nosotros iluminada todavía por su recuerdo, uno de aquellos libros, como sólo muy pocos, permanentes mientras el hombre piense y viva.

En este libro se recogen todos sus poemas tal como él mismo los había ordenado. En su primera parte repetimos exactamente, respetando el criterio con que él los escogía, el de las *Poesías completas* seguidas de las prosas sobre Abel Martín y Juan de Mairena. Incluimos después el *Juan de Mairena* publicado todavía por él y tal como él lo hiciera. *Sigue hablando Mairena a sus discípulos* es también libro por él elegido y realizado. Lo publicamos tal como lo dejó. Damos aparte, como último capítulo, aquellas obras sueltas escritas durante la guerra. No apuramos con ello enteramente la obra del poeta. Algo pudiera todavía habérsenos escapado de inédito. No es esta que hacemos ahora una edición con pretensiones definitivas. Hemos excluido expresamente de este libro para no romper su unidad las obras dramáticas que escribió en colaboración con su hermano Manuel. Al fin del libro publicamos aquellas variantes que fuimos anotando en la comparación de todas las ediciones que tuvimos a mano. También esta tarea podrá mejorarse en ediciones sucesivas.

A los hermanos del poeta debemos el poder publicar este libro gracias a su autorización expresa y a la confianza amistosa que en nosotros pusieron. quede aquí nuestro agradecimiento.

Las condiciones actuales de la publicación de estas *Obras Completas* de Antonio Machado nos ha obligado a hacerla de modo que, si resultaba muy cómoda y ligera por su fácil manejo, no podía ponerse a tan bajo precio que estuviera al alcance de todos. Confiemos en que una edición más asequible podrá hacerse pronto.

Aquí está este libro que ofrecemos, con el recuerdo del maestro, a todos sus lectores en vida, como un homenaje justísimo a quien la dio tan amargamente en el destierro por la verdad de su pueblo español. Entre sus páginas, la sombra del poeta se une con aquellas otras, fugitivas, de sus figuraciones andaluzas, Abel Martín y Juan de Mairena, como una sola sombra magistral y amistosa. Canta el poeta un canto de frontera, por este libro, a la esperanza. Lo canta a la española, desesperando. Que si pudo decirse también de la novela que nacía del desengaño, pudiera decirse también de la poesía que nace de la desesperación. Mas esta desesperación española es tan esperanzada que por ella verdaderamente se muere cuando por ella se ha vivido verdaderamente.

Tal vez la mano en sueños
del sembrador de estrellas
hizo sonar la música olvidada
como una nota de la lira inmensa
y la ola humilde a nuestros labios vino
de unas pocas palabras verdaderas.
(Bergamín, 1940: 18-21)

Uno de aquellos exiliados republicanos españoles en campos de concentración franceses, el poeta y ensayista Bernardo Clariana, con motivo de la edición por Séneca de estas *Obras completas* de Antonio Machado, escribió un artículo en donde recuerda cómo conoció entonces la triste noticia de la muerte de Antonio Machado en el campo de concentración de Saint Cyprien y se refiere a esta edición preparada y prologada por Bergamín, texto que transcribimos aquí muy fragmentariamente:

Estábamos muy cerca, hace cuatro años ahora, del lugar de la muerte y triste entierro del poeta español.

El mismo día que nos llegó la noticia de su muerte a nuestro encierro de Saint Cyprien, venía una orden de libertad para todo el grupo de mis camaradas, gracias a activísimas gestiones de amigos ingleses. Yo había de tardar aún largos meses en salir del campo de concentración. Quedé solo. Antes de partir mis amigos habíamos comentado, juntos, la muerte del amado maestro. (...)

Para un *Boletín* de refugiados escribí esta cuartilla en su memoria: «Don Antonio Machado Ruiz fue uno de los mayores poetas líricos españoles de todos los tiempos. (...)

Desde Manrique acá no habían resonado en España rimas tan profundamente castellanas, versos tan señorialmente populares. (...)

«Palabras, poesía —escribe en su precioso prólogo a las *Obras completas*, José Bergamín— de una claridad meridiana, evidenciada por el firme contorno sombrío de su pensamiento...» (...)

Hay destierros que matan. Don Antonio Machado no se resignó a ser peregrino fantasmal en su patria y siguió, señoreó espiritualmente el éxodo de los que se expatriaban. Su destierro y entierro sepultarían y enterrarían a los que le expatriaban. La muerte de los desterrados es la que destierra a los desterradores y expatriadores con el vendaval de su espíritu, que al morir regresa a su tierra y a su patria, llena toda de su hálito, padre e hija a la vez, a hacerse tiempo de historia. El de España homicida sigue siendo ancha lira de álamos para Antonio Machado, para el rumor de su desterrada y arenosa sepultura. Que no hay sede ni asilo para nadie, aterrados, desterrados y soterrados españoles. La expatriación española que señoreó el poeta de los *Campos de Castilla*, es inmenso fantasma en la Patria, desterrador de



la paz de los sepultureros. Pero, ¿quién que es, no es fantasma peregrino? Todo son ya tierras prohibidas que sólo la muerte franquea. (...)

La muerte del poeta me impresionó como la de un pariente muy próximo. Junto a la raya de Canadá adonde he venido a delirar por España, los versos de Antonio Machado son la ventana mágica para la alucinación voluntaria. Pueden ser la *Biblia* lírica de cada español en el destierro. (Clariana 2014: 222-225)

Al poco de publicarse esta edición, en el número 1 del segundo año de la revista *Romance*, fechado en México el 15 de febrero de 1941, se publicaron «algunos testimonios autorizados» de escritores mexicanos (Jaime Torres Bodet, Enrique González Martínez, Julio Torri, Xavier Villaurrutia y Alfonso Reyes), guatemaltecos exiliados en México (Luis Cardoza y Aragón) y republicanos españoles exiliados: Pedro Salinas y Tomás Navarro Tomás. Sus opiniones se introducen con el siguiente texto:

Esta edición en un solo volumen de mil páginas, lujosamente encuadernado en piel flexible, bella, sencilla y fácilmente manejable, contiene toda la obra del maestro, cuidadosamente impresa y presentada íntegramente, tal como él la dejó, sin omisiones ni alteraciones en su texto. Su aparición ha sido acogida por la crítica como un verdadero acontecimiento. Ofrecemos de ello algunos testimonios autorizados.

Entre los escritores mexicanos, Jaime Torres Bodet se limitó a calificar la edición como «el magnífico volumen de Antonio Machado; acierto extraordinario en los trabajos editoriales de Hispanoamérica»; Enrique González Martínez la calificó como una «edición irreprochable y magnífica» y añadió que «los asiduos y devotos lectores de Antonio Macha-

do agradeceremos siempre este noble regalo espiritual»; Julio Torri, tras comparar esta edición con las de la Pleiade francesa, afirmó que «es el más reverente tributo que se ha pagado a poeta moderno alguno en nuestra lengua»; Xavier Villaurrutia valoró el libro como «uno de los mejores impresos en el México actual»; y, por último, Alfonso Reyes afirmó que la muerte del poeta «es una acusación contra Caín» y elogió la presentación de la obra «con pulcritud de homenaje, con aquella sobria perfección que hubiera sido tan de su gusto». Por su parte, el escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón opinó que:

En este precioso volumen vive ya, para siempre, el espíritu de Antonio Machado, el más alto y más hondo de su tiempo en la poesía española. La Editorial SÉNECA, que dirige José Bergamín, recoge toda su obra, desde sus primeras poesías hasta las páginas de su destierro. Tenemos su clara vida, pura y perfecta, cerrada como un círculo con su muerte gloriosa. ¡Qué mejor presencia! La España del destierro ha hecho el mejor y más exacto homenaje a esta leal voz españolísima.

Entre las opiniones de los exiliados republicanos españoles, Tomás Navarro Tomás, quien valoró ante todo «la calidad del papel, la limpieza de las páginas, el tamaño del volumen y la excelente encuadernación» —una edición que constituye por tanto «un testimonio muy expresivo de la perfección técnica alcanzada por la tipografía mexicana»—, concluía con estas palabras: «Antonio Machado necesitaba esta edición que tan bien se acomoda con su elegante sencillez a la digna sobriedad de expresión y maneras del gran poeta español».

Pero entre estos «testimonios autorizados», todos elogiosos como podemos comprobar, tanto

hacia la Compañía Editorial Séneca como hacia su director, José Bergamín, destaquemos el más entusiasta de todos, que es, sin duda, el de Pedro Salinas y que, por ello, merece su transcripción íntegra:

¡Estupendo! El libro más bonito que se ha impreso en América Española. Absoluta obra maestra. Desde la encuadernación hasta el tipo. La calidad del papel me gusta mucho, porque con ser fino no se arruga ni transparente. Y el libro, ¡qué admirable! No se puede figurar, Bergamín, con qué profundo gusto estoy leyendo, poco a poco, las cosas de Juan de Mairena que no conocía. Toda la estatura humana de Machado se revela ahí. ¡Qué sencillez, qué gracia severa, qué profundidad sin gesticulación, qué señorío! Gran andaluz, gran español, gran hombre universal, con su alma en su almario, y el mundo en su mundo. Reciba un gran abrazo de enhorabuena por esa edición, que todos tenemos que agradecer.

Epílogo

Cabe mencionar que ese mismo año 1940 la editorial Espasa-Calpe publicó en Buenos Aires la cuarta edición de las *Poesías completas* de Antonio Machado y en la página 18 del número 19 de la revista *Romance*, fechado en México el 18 de diciembre de 1940, una nota anónima titulada escuetamente «Antonio Machado» informaba que

La editorial Espasa-Calpe Argentina, reedita ahora, en su colección «Austral», la cuarta edición de las *Poesías completas* de Antonio Machado. (...) La reedición de las poesías de Antonio Machado es siempre un acierto. Todos los verdaderos amantes de la poesía verdadera, buscan constantemente los versos irreprochables del lírico andaluz.

Obviamente, esta edición de Espasa-Calpe no tenía la significación política republicana que impregnaba las páginas de la edición machadiana publicada por Séneca. Porque Antonio Machado en 1940 se había convertido ya en un mito del imaginario colectivo de nuestro exilio republicano de 1939 y, por ello, los homenajes al poeta, en México y en todos los países de acogida, se sucedieron desde 1940. Y, aunque no sean objeto del presente trabajo, quiero resaltar sin embargo, por su índole y solemnidad, el homenaje que tuvo lugar a las ocho y media de la noche del lunes 2 de mayo de 1949 en el Teatro Bellas Artes de México D. F. con motivo de la conmemoración del X aniversario de la muerte de Antonio Machado y al que, según el programa de mano del mismo, «ha sido especialmente invitado el Presidente de la República Mexicana, licenciado Miguel Alemán». El programa de esta conmemoración machadiana, que me limito a transcribir literalmente sin comentarios, como epílogo de este trabajo, fue el siguiente:

I

RESPONSO....

A LA POESÍA MUERTA

por LEÓN FELIPE

ante un fondo escénico, compuesto por MIGUEL PRIETO

con elementos cedidos graciosamente por el DEPARTAMENTO

DE PRODUCCIÓN TEATRAL DEL INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

II

HOMENAJE A

ANTONIO MACHADO



De RODOLFO HALFFTER
Interpretado al piano por
MIGUEL GARCÍA MORA

INTERMEDIO

III
ESTRENO en
México, de la comedia en cuatro actos, en prosa,
De MANUEL Y ANTONIO MACHADO

EL HOMBRE
QUE MURIÓ EN LA
GUERRA

Dirección escénica de C. RIVAS CHERIF
Fundador del TEATRO ESPAÑOL DE AMÉRICA
Y de LOS AMIGOS DEL TEATRO EN MÉXICO

Con
Carmen SALAS, Consuelo MONTEAGUDO
José BAVIERA y Augusto BENEDICO

La representación estará dividida por un solo
entreacto entre el 2º y el 3º.

Con el Sr. Presidente de la República están invi-
tadas las autoridades de México y representaciones
diplomáticas.

El Himno Nacional Mexicano y el de la Repú-
blica Española

Serán ejecutados por la BANDA MADRID. ■

BIBLIOGRAFÍA

Albornoz, Aurora de (1964), «Cartas y documen-
tos de Antonio Machado», *La Torre* (Universi-
dad de Puerto Rico), 45-46 (enero-junio), pp.
250-254.

Anónimo (1940), «Homenaje a Antonio Macha-
do». *España Peregrina*, 2 (marzo), pp. 64- 69.

Aznar Soler, Manuel (1986), «L'Aliança d'Intel-
lectuals per a Defensa de la Cultura i la creació de la Casa
de la Cultura», en Manuel Aznar Soler-Christopher
Cobb-Juan Manuel Fernández Soria-Albert Gira-
na Albuixech-María Fernanda Mancebo-Felipe
Soria-Josep A. Vivó, *València, capital cultural de la
República (1936-1937). Antologia de textos i docu-
ments*. Valencia, Conselleria de Cultura, Educació
i Ciència de la Generalitat Valenciana, col·lecció
Homenatges, pp. 99-318.

—, (2007), *Valencia, capital literaria y cultural
de la República (1936-1937)*. Valencia, Uni-
versitat de València.

—, (2009), *Materiales documentales del Se-
gundo Congreso Internacional de Escritores
para la Defensa de la Cultura (Valencia-Ma-
drid-Barcelona-París, 1937)*. Sada-A Coruña,
Edició do Castro.

—, (2010), *República literaria y revolución
(1920-1939)*. Sevilla, Renacimiento, Ilumina-
ciones-64, 2 volúmenes.

—, (2015a), «Morir de exilio. Homenajes a la
memoria de Antonio Machado por parte del exi-
lio republicano en Francia (1940 y 1945)», en
AAVV, *Antonio Machado y el exilio republicano*

- de 1939 en Francia, edición de Monique Alonso y Manuel Aznar Soler. Sevilla, Renacimiento, Biblioteca del Exilio, Anejos-XXIII, pp. 62-76.
- , (2015b), «Antonio Machado en 1939: testimonios de su viaje desde la Barcelona republicana hasta su exilio y muerte en Collioure», en AAVV, *Antonio Machado y el exilio republicano de 1939 en Francia*, edición de Monique Alonso y Manuel Aznar Soler. Sevilla, Renacimiento, Biblioteca del Exilio, Anejos-XXIII, pp. 214-267.
- BERGAMÍN, JOSÉ (1938), «Jardín en flor, y en sombra, y en silencio...». *Hora de España*, Barcelona, XXI (septiembre de 1938), pp. 21-23.
- , (1940), «Antonio Machado», prólogo a *Obras completas* de Antonio Machado. México, Editorial Séneca, colección Laberinto, pp. 9-21.
- CLARIANA, Bernardo (2014), «Lira de álamos o quién destierra a quién y memoria de Antonio Machado», en *Artículos y ensayos*, edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler. Valencia, Institució Alfons el Magnànim, pp. 219-225. Este artículo se publicó originalmente en «Leales a Séneca». *Mirador Literario*, La Habana, 1 (enero de 1942), pp. 6-9, y se reprodujo, con variantes, en la revista *De Mar a Mar*, Buenos Aires, 3 (febrero de 1943), pp. 42-45.
- MARINELLO, Juan (1940), «Primer año de Antonio Machado». *Romance*, México, I, 7 (1 de mayo), pp. 1-2.
- MASIP, Paulino (1941), «Don Antonio Machado». *Romance*, México, II, 1 (15 de febrero), pp. 1-2 y 14.
- PLAZA PLAZA, Antonio (2011), «Intelectuales hacia México: el viaje del Veendam. Un episodio simbólico en la historia del exilio republicano de 1939», en AAVV, *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*, edición de Manuel Aznar Soler y José Ramón López García. Sevilla, Renacimiento, Biblioteca del Exilio, Anejos-XV, pp. 830-844.
- RENAU, Josep (1982), «Exilis». *L'Espill*, València, 15 (tardor), pp. 95-108.
- XIRAU, Joaquín (1983), «Por una senda clara». *Diálogos*, México, El Colegio de México (julio-agosto), pp. 58-64, número monográfico en *Homenaje a Antonio Machado*; reproducido en *Escritos fundamentales*, tomo I de sus *Obras completas*, edición de Ramón Xirau. Barcelona, Anthropos, 1998, pp. LI-LXI.

Fecha de recepción: 24 de junio de 2015

Fecha de aprobación: 19 de octubre de 2015

